

>> Editorial

Cabalgamos al futuro entre civilización y barbarie

Al mismo tiempo en que la humanidad está a punto de controlar su propio futuro genético y la tecnología de los datos encara desafíos de vanguardia en un mundo digital, nos encontramos con altos niveles de precariedad. Sin duda, los cambios no son homogéneos en el mismo momento, en los diferentes espacios.

A comienzos del siglo XX la física moderna modificó la manera de concebir el mundo. Por un lado, la mecánica cuántica, hizo que el positivismo hasta entonces imperante —con su pretensión de certeza normativizante— entre en crisis y, por otro, surgió la teoría de la creación conjunta de materia, espacio y tiempo denominada Big Bang.

Hoy, la ciencia nos confronta a un escenario de elevada incertidumbre por el impacto sobre la sociedad contemporánea del avance de la tecnología, con el desarrollo de la inteligencia artificial o las posibilidades de la edición genética, entre otras.

Sin embargo, en medio de estos grandes avances de la ciencia, ingresó un virus que no respetó fronteras, cuyo nombre se popularizó como “corona” o “covid”, ante el cual surge como primera respuesta “agua, jabón y barbijo”, y más tarde se inicia la carrera por las vacunas con sus implicancias de inequidad global.

La ciencia nos sorprendió una vez más y logró en tiempo récord una respuesta eficaz contra el virus. El 31 de diciembre de 2020, a tan solo nueve meses de declararse la pandemia, la Organización Mundial de la Salud (OMS) incluye en su lista de uso en emergencias la primera vacuna en recibir la validación desde que comenzara el brote de esa enfermedad. Y hasta el momento se han desarrollado diversos tipos de vacunas contra la COVID-19, vacunas con virus inactivados o atenuados, vacunas basadas en proteínas, vacunas con vectores víricos y vacunas con ARN y ADN: un enfoque pionero que utiliza ARN o ADN genéticamente modificados para generar una proteína que por sí sola desencadena una respuesta inmunitaria.

La ciencia logró atenuar la incertidumbre que provoca el virus, pero no se encarga de sus efectos éticos, emocionales, sociales, económicos entre otros. La ciencia ayuda a entender los hechos -aunque también debemos tolerar su incertidumbre- pero no puede indicarnos qué hacer.

A la fecha han muerto 4.077.848 de personas a nivel mundial y 101.158 a nivel nacional.

No son sólo cifras, detrás de cada uno de esos seres humanos que hoy no están, hay padres, hijos, amigos, colegas, hay una comunidad que ha perdido a un ser querido en tan variadas circunstancias como personas. Y, ante terrible tragedia pandémica, no hemos sabido lidiar con el dolor y el sufrimiento, nos hemos anestesiado. El padecimiento subjetivo requiere alojar al sujeto e implementar estrategias adecuadas para lograrlo.

En una sociedad anestesiada, es fácil dar lugar a la psicología positivista que lejos de ocuparse del sufrimiento subjetivo busca hacer más felices a las personas al ocuparse del bienestar y el optimismo. Utiliza como expresión la resiliencia, al intentar evitar los pensamientos negativos y reemplazarlos por positivos, teniendo por objetivo la felicidad continua. Y, de ser necesario, medicalizar la tristeza y la desesperanza confundida con depresión. El sentimiento angustioso es, en ocasiones, respuesta ante la desorientación que provoca una realidad que cambió abruptamente y nos llenó de incertidumbre.

Han (2021) critica, justamente, que en la sociedad actual hemos desarrollado una fobia al dolor no dando lugar al sufrimiento, que nos lleva a un estado de anestesia permanente. El dolor se interpreta como síntoma de debilidad. Es algo que hay que ocultar. Hoy el dolor está condenado a enmudecer.

Como gota que orada la piedra naturalizamos eventos sin que medie reflexión alguna, quizá como forma de defensa ante aquello que nos duele, nos desconcierta y no encontramos respuesta.

No está en manos de la ciencia la solución a todos los problemas que se han generado a partir de la pandemia, y es aquí donde se abre la dimensión de la responsabilidad moral.

Las vacunas fueron administradas en países de altos ingresos y -solo por poner un ejemplo- entre el 1 y el 2 % en países africanos. Esto tiene como consecuencia que, en países de ingresos medios y bajos, los contagios y muertes seguirán aumentando, los efectos sociales, emocionales y económicos seguirán creciendo.

Las estrategias propuestas han sido, por un lado, la instalación de un mecanismo global de riesgo compartido para la adquisición conjunta y la distribución equitativa de las vacunas como es el modelo COVAX, el cual ha sido socavado en gran medida por los países ricos, al realizar acuerdos bilaterales con varios fabricantes de vacunas que les permitieron adquirir la mayoría de las dosis disponibles ahora y para los próximos años. Y, por otro lado, que los conocimientos y fórmulas estén disponibles, es decir, que la protección de las patentes se elimine al menos de forma temporal, pero en especial la posibilidad de fabricación con acceso a la tecnología. Son todas propuestas que intentan lograr una distribución más justa del bien vacuna y evitar el sufrimiento y los efectos de la pandemia.

El 18 de julio el mundo atravesó el umbral de 4.000.000 de muertos; la pregunta que subyace es ¿en manos de quiénes hemos dejado nuestro cuidado?

Cabalgamos hacia el futuro entre civilización y barbarie. La ciencia avanza, los desarrollos tecnológicos nos sorprenden pero, como dijo Paulo Freire, “Nadie se salva solo, nadie salva a nadie, todos nos salvamos en comunidad”. Debemos recuperar la humanización de los hechos y poner a jugar nuestra responsabilidad moral en cada acto.

Agosto 2021